

en 1409. Durante su reinado, que duró veinte años, la ciudad creció notablemente, aumentó el comercio, promulgó acertadas leyes en armonía con las costumbres y exigencias de aquella sociedad, se edificaron algunas casas de bastante importancia, y confirmó á la nobleza en el derecho de elegir para sucederle en el trono á la persona que mas digna juzgase.

CAPÍTULO V

Se da una ley para que la eleccion de monarca recaiga en un hermano, sobrino ó primo del rey fenecido.—Chimalpopoca, tercer rey de Méjico.—Nueva rebelion de Tezozomoc contra el rey de Acolhuacan.—Caída de éste.—Muere apedreado el príncipe Cihuacuecuenotzin.—Muerte del rey Ixtlilxochitl.—El monarca de Azcapozalco se apodera del trono de Acolhuacan.

Muerto el rey Huitzilihuitl, los cuatro electores nombrados por la nobleza á quien el finado monarca habia conferido la facultad de nombrar el sucesor á la corona, procedieron á la eleccion.

Se da una ley para que la eleccion de rey recaiga sobre algun hermano, sobrino ó primo del monarca que fallece. Desde esa época se estableció por ley, que la eleccion recayese en uno de los hermanos del rey fenecido; que á falta de hermanos, se eligiese á uno de los sobrinos, y que no existiendo éstos, se procediese á elegir á uno de sus primos, teniendo los electores la soberana facultad de escoger entre los hermanos, sobrinos ó primos del monarca difunto, al que mas digno juzgasen por sus virtudes de empuñar el cetro y ceñir

la corona. Esta práctica llegó á seguirse, sin alterarla, desde el primero de los soberanos hasta la desaparicion del último rey azteca.

1409. El nombramiento recayó por unanimidad de los electores en un hermano del difunto monarca, llamado Chimalpopoca, que significa *rodela que humea*.

En la ceremonia de la coronacion, al sentarse en el trono, le colocaron en la mano derecha una espada con filos de pedernal, y en la izquierda un arco dorado y flechas.

La nobleza y los electores quisieron simbolizar con aquel acto, que por las armas se habia de conquistar la completa independenciam, rompiendo la sujecion de tributarios de los reyes de Azcapozalco.

Animado Chimalpopoca del mismo celo que sus predecesores por el bien de la patria, continuó la obra de organizacion y de prosperidad empezada por ellos, y procuró sobrepajar en todos los ramos á los tlatelolcos que, por su parte, estaban resueltos á llevar la supremacia en todo á los mejicanos.

Pero esta emulacion no se oponia á que se tuviesen mutuamente las dos pequeñas y nacientes naciones las consideraciones mas señaladas. Ambas conocian, por entonces, que debian respetarse; y Chimalpopoca dió una prueba de la buena armonia que deseaba reinase entre los dos pueblos, pidiendo al rey de Tlatelolco la mano de su hermosa hija *Matlalatzin*, que se la concedió en el acto, celebrándose la union con beneplácito de todos.

Mientras estas dos naciones, émulas y sin embargo deferentes entre sí, crecian por el ardiente anhelo de supe-

rarse en poder, en felicidad y en grandeza, la de Acolhuacan, venturosa y fuerte hasta entonces, se encontraba envuelta en un torbellino de revueltas políticas que amenazaban acabar con el esplendor que llegó á adquirir por los esfuerzos de sus notables soberanos. Aquella nacion que empezó su infancia bajo el paternal gobierno de su primer rey chichimeca Xolotl, que creció robusta al amparo del benigno cetro de Nopaltzin y de Tlotzin, protectores ambos de la industria, de las artes y de la agricultura, y que se ostentó potente y venturosa, respetada y obedecida, desde Quinatzin hasta su quinto rey Techotlalla, se vió de repente, casi desde los primeros instantes que su sexto monarca Ixtlilxochitl empuñó el timon del Estado, sacudida y maltratada por el terrible oleaje de las ambiciosas pasiones de rebeldes magnates que, empezando por quererse sustraer de la obediencia del soberano de Acolhuacan, pretendian concluir por derribarle del trono.

Nueva rebelion de Tezozomoc contra el rey de Acolhuacan. La paz arreglada entre el rebelde Tezozomoc, rey de Azcapozalco, y el monarca Ixtlilxochitl, no fué mas que instantánea. El primero volvió á trabajar con mas ahinco y elementos, desde el instante en que el segundo retiró sus tropas, y pronto los ambiciosos señores que se habian adherido á su plan se manifestaron dispuestos á repetir la rebelion. El rey de Acolhuacan, aunque vió formarse la tormenta y quiso conjurarla, no tuvo tiempo para hacerlo. Los rebeldes tenian ganadas las principales ciudades; y dado el grito contra el bondadoso Ixtlilxochitl, éste se encontró por todas partes rodeado de enemigos, á

los cuales era imposible hacer frente con los pocos amigos leales que le quedaron. Sin embargo, luchó por algún tiempo con el auxilio de algunos pueblos que habían resistido hasta entonces á la seducción. Hizo frente á la tempestad con el heróico ardimiento que correspondía á un rey digno que prefiere la honra á la vida; pero al ver que sus esfuerzos eran inútiles, y que poco á poco le iban abandonando sus adictos, se decidió á abandonar el terreno de la lucha.

Para salvar á los pueblos de la guerra civil y librarse él de caer en poder de sus contrarios, fué á buscar un refugio seguro en las montañas vecinas. En medio de la desgracia y de la ingratitude de muchos, tuvo el consuelo de ver la lealtad de algunos fieles servidores y amigos que no quisieron abandonarle. Una corta fuerza de valientes guerreros, unida á los señores de Huexotla y de Coatlichan, se propusieron morir en su defensa.

Pronto empezaron á faltar en las áridas asperezas á donde se habían refugiado, los víveres indispensables á la vida, y el hambre se dejó sentir entre los leales vasallos que le obedecían.

Los tepanecas, dirigidos por su rey Tezozomoc, primer caudillo y jefe de aquella revolución, cortaron toda comunicación entre las poblaciones y el destronado monarca. Para reducirle á la necesidad de que el hambre le obligase á presentarse á sus enemigos, prohibieron, bajo severas penas, que se le proporcionase ningún género de auxilio, y colocaron numerosas fuerzas en todos los puntos convenientes para que interceptasen los víveres que alguno pudiese enviarle.

El monarca destronado solicita víveres de sus mismos enemigos. Reducido el destronado rey Ixtlilxochitl al mas extremo grado de necesidad, y conmovido por el triste cuadro que presentaba aquel corto número de leales que le acompañaba, se resolvió á solicitar de sus mismos enemigos, que le enviasen algunos víveres para no ver perecer de hambre á sus adeptos.

Para que desempeñase esta comision al lado de sus contrarios, eligió á *Cihuacuecuenotzin*, jóven de relevantes cualidades, sobrino suyo, que siempre habia sido mirado con aprecio por el pueblo. La ciudad á donde debía dirigirse en solicitud de lo que se necesitaba, fué Otompan, que era una de las rebeladas. El rey, confiando en el influjo que su sobrino ejercia en el ánimo de los que conocían sus bellas cualidades, le encargó que hiciese saber á los habitantes de Otompan la miseria y las penas que aquejaban á su monarca; que les inclinase á abandonar el partido de los que habian alterado la venturosa paz del reino, y que volviesen á la obediencia para cumplir con los juramentos de fidelidad que al subir al trono le habian prestado.

Cihuacuecuenotzin va á pedir en nombre del monarca víveres á los rebeldes. El príncipe Cihuacuecuenotzin escuchó á su tío y rey con atención y respeto, y midió en un instante las dificultades de que estaba cercada la empresa que se le confiaba. Sin embargo, resuelto á posponer su vida á los nobles sentimientos de la amistad, del parentesco, y sobre todo del deber de caballero, aceptó la comision sin vacilar ni un solo instante. «Marcho á obsequiar vuestros deseos—dijo—y á dar mi vida por cumplir con el sagrado deber de

obedeceros. Creo imposible que los otompanecas que han cometido el crimen de rebelarse contra vos, vuelvan á la obediencia, cuando los tepanecas, de quien son aliados, se encuentran en los alrededores. Todo el país está sembrado de peligros para los que hemos tenido la gloria de no separarnos del deber. Mi vuelta es, por lo mismo, difícil: acaso no nos volvamos á ver. Pero si muero en servicio vuestro y en el de la patria, y si el sacrificio de la vida por el cumplimiento del primer deber del hombre es merecedor de alguna recompensa, yo os pido, señor, que encuentren en vos dos tiernos y amados hijos que tengo, el cuidado y las atenciones indispensables, para que lleguen á ser algun día los sucesores de mi lealtad hácia vos.»

Las dignas palabras del jóven Cihuacuecuenotzin conmovieron el generoso corazón del desgraciado monarca, el cual, abrazándole tiernamente, le dijo que los dioses le acompañarian en el desempeño de la comision que le confiaba; pero que si otra cosa habian dispuesto en sus altos fines, sus dos tiernos hijos quedaban bajo su custodia.

El noble príncipe se despidió en seguida de su tío y monarca y se dirigió á Otompan.

En los instantes mismos en que ponía los piés en la ciudad, se disponian los tepanecas, enviados por Tezozomoc, á publicar un bando.

Todos los habitantes de la ciudad se encontraban congregados en la plaza, á donde les habian convocado con el objeto de que se enterasen de lo que en él se ordenaba.

Cihuacuecuenotzin, aunque comprendió lo desfavorable que le era aquella circunstancia, no vaciló por esto, y se dirigió con entereza á la plaza ocupada por la multitud

en los momentos de su llegada. El leal y noble príncipe se presentó en medio del gentío, y colocándose en un punto dominante de donde pudiese ser escuchado y visto, saludó con dignidad, suplicó que le prestasen atencion, y expuso con franqueza el objeto de su embajada. El discurso fué escuchado con manifestaciones de burla y de desprecio. Sin embargo, ninguno se atrevió á ofender personalmente al príncipe. Este permaneció algunos instantes esperando la resolucion del pueblo; pero no recibió otra cosa que risas y silbidos, síntomas alarmantes de próximas injurias y desmanes. Así lo comprendió el valiente Cihuacuecuenotzin; pero se propuso sacrificarse en aras de la lealtad y del deber á su rey y permaneció quieto en su puesto. Pronto á las risas y los silbidos se unieron algunas palabras descomedidas, y entonces un hombre de la hez del pueblo que llevaba la voz en un grupo de insolentes, le tiró una piedra excitando á los demás á que le matasen. El ejemplo fué seguido por algunos y celebrado por todos. Los soldados tepanecas que hasta entonces habian permanecido sin tomar parte ninguna en aquella escena que presenciaron en silencio, dejaron su actitud pacífica al ver á los otompanecas declararse abiertamente contra el monarca de Acolhuacan, y uniéndose á la multitud, excitaron el odio contra el embajador, gritando *mueras* y arrojándole una lluvia de piedras.

Muere á pedradas Cihuacuecuenotzin, sobrino del rey de Acolhuacan. El ultrajado príncipe se mantuvo firme un instante tratando de contener el desman, afeándoles un hecho indigno de un pueblo valiente. Pero sus palabras se perdieron entre los gritos de furor lanzados por la multitud. Cihuacuec-